

BIZANCIO VISTO POR UN VIAJERO MUSULMAN DE MEDIADOS DEL SIGLO XIV

SERAFÍN FANJUL

Universidad Autónoma de Madrid

Ibn Battuta nace en Tánger el 25 de febrero de 1304 y fallece en Marruecos en 1368-9 o en 1377: sobre este último punto hay motivos para la duda. Su vida empieza a interesarnos a partir de su salida hacia La Meca en 1325 para cumplir el precepto de la peregrinación. Resumiendo mucho el curso de sus desplazamientos debemos señalar que una vez cumplida la peregrinación el viajero va descubriendo las posibilidades de mantenerse convirtiendo el viaje en una industria o casi modo de vida: dicho sea esto con todas las salvedades.

Ibn Battuta recorre el norte de Africa, Egipto, todo el Oriente Medio, las costas de Africa Oriental hasta Kulwa —que luego los portugueses conocerán como Quiloa— el sur de Rusia y Constantinopla, retorna hacia el Turquestán y cruza Afganistán para llegar al valle del Indo en set. de 1333 (según su cronología que desde luego no parece la más creíble, como ha sido exhaustivamente demostrado por los estudios de Hrbek y Gibb). Reside en la India por espacio de casi diez años y uno y medio en las Maldivas. Su periplo al Extremo Oriente se inicia visitando Ceilán, Bengala, Assam y Sumatra, aunque caben dudas razonables sobre el carácter apócrifo de su visita a China, total o parcialmente. Sabemos que en abril de 1347 está otra vez en Malabar

y que desde allí regresa por el Golfo Pérsico a Bagdad, Siria y Egipto cumpliendo una cuarta y última peregrinación a La Meca. En Alejandría embarca en 1349 hasta Túnez, de donde un navío catalán lo traslada a Cerdeña para finalmente rendir viaje en Fez en noviembre de 1349. Pero aún realiza una incursión en al-Andalus y otra en el semilegendario imperio de Malf.

Al regresar a Marruecos el sultán meriní Abu Inan le encarga la compilación de sus andanzas y éstas toman forma en su *rihla* (viaje) (1) que tengo el gusto de haber traducido con la colaboración de F. Arbós.

Marco histórico

La Constantinopla que Ibn Battuta encuentra en 1334 se hallaba sumida en la etapa de su decadencia, a saber: la fragmentación del Imperio provocada por la IV Cruzada con sus secuelas de proceso de feudalización en Asia Menor, Tracia, Macedonia y Grecia; las concesiones del monopolio de navegación a Génova en Constantinopla y a Venecia en Creta y Negroponte; los estragos causados por la Compañía Catalana entre 1303 y 1309; la penetración y consolidación cada vez mayor de los turcos en el oeste de Anatolia que van estableciendo una larga teoría

de emiratos *gazis* (es decir, fronterizos o *incursores*)... Son todos ellos factores que van a condicionar las decisiones de Andrónico II para tratar de afianzar su poder y sanear la economía (restauración de la ortodoxia, reducción del gasto público suprimiendo unidades del ejército, etc.) lo que a su vez traerá nuevos conflictos como son las guerras civiles, cuyo broche final es la abdicación de Andrónico en su nieto. En el plano social es de destacar la afluencia, sobre todo desde 1305, de refugiados que atestaban la capital, procedentes de Tracia y Asia Menor, con la inevitable aparición del pingüe mercado negro del trigo.

Esta situación va a ser el telón de fondo de las páginas que Ibn Battuta dedica a Constantinopla, empezando por su paso a través de Anatolia donde describe minuciosamente la forma de organización de los sultanatos turcos, así como interesantes detalles de las modalidades de sometimiento de las poblaciones griegas a esos emires. Sin embargo, el tangerino no llega a Constantinopla proveniente de Asia Menor sino de Astracán, ciudad que visitara después de Crimea y de la misma Asia Menor.

* * *

Es imposible fijar con exactitud el camino que Ibn Battuta siguiera en este viaje, porque la información que reproducía —veinte años después de sucedido— debía estar bastante confusa en su memoria, excepto —quizás— en lo referente a etapas.

Sabemos que sale de Astracán hacia Constantinopla el 14 de junio de 1334 en el séquito de la *jatun* (princesa) Bayalun, esposa del sultán Uzbek, la cual viaja con el pretexto de parir en su país. Ibn Battuta nos informa de la calidad y cantidad de los sirvientes de la princesa,

entre los cuales se contaban mamelucos de varias procedencias: turcos, eunucos bizantinos y desde luego, esclavas cristianas.

Viajan cruzando el Don y el Danubio, a lo largo de las llanuras de Kipchak y del Mar Negro, hasta alcanzar la primera fortaleza bizantina a la que denomina Mahtuli, lugar desde el cual hasta Constantinopla —dice— hay 22 días de marcha, de los cuales 16 son hasta el Danubio.

En esta época la ciudad fronteriza era Diámpolis, o Kavúli (act. Jamboli) en la ribera sur del río Tunja (Tontzos), en Bulgaria. El número de jornadas que señala desde Baba Saltuq marcaría una distancia de unos 800 km., lo que se corresponde perfectamente con la distancia existente entre el bajo Dnieper y Jamboli.

Antes de entrar en territorio bizantino nos describe las penalidades del camino: «Este pueblo es el último del país de los turcos; entre él y la primera amelia de Bizancio hay dieciocho días de marcha a través de una estepa despoblada [entre las desembocaduras del Dnieper y el Bug]. De esos días, hay ocho durante los cuales no se encuentra nada de agua; es preciso, por tanto, aprovisionarse de ella y se cargan los carros con odres y pellejos (...) los turcos llevan leche en los pellejos, la mezclan con mijo cocido y se la beben; esto les quita mucho la sed».

En Mahtuli dejan los carros y viajan a lomos de mulas y caballos. Luego, a orillas del Danubio visita la ciudad de Fanika [¿Sfintul-Gheorghe?] de la que elogia las casas, iglesias y frutos. Y es en este lugar donde sale al encuentro de la princesa su hermano uterino Kafali Qaras, según lo nombra Ibn Battuta. Ya anteriormente, al entrar en territorio bizantino se nos da cuenta de la recepción

por un jefe llamado Kafali Nicolás. Parece claro que este título que Ibn Battuta transcribe como *kafali* es el griego *kephalé*. En cuanto al nombre mismo que adjudica al príncipe (Qaras) no es griego en modo alguno, y da la impresión de que Ibn Battuta lo hubiera trabucado con la denominación del Cuerno de Oro, es decir, Chrysokeras.

A lo largo de toda la *rihla* se complace en largas y prolifas descripciones de cortes, séquitos, salones o disposición de guardias palaciegas, demostrando así su especial gusto por el boato al tiempo que pretendía realzar ante el sultán meriní —para quien escribe, no lo olvidemos— la categoría de sus relaciones por el mundo entero. En esta colorista visión presenta también detalles del ceremonial y protocolo bizantino: «su hermano, vestido de ropas blancas y con un quitasol coronado de perlas encima de la cabeza, montó en un corcel de color ceniza. Iba flanqueado por cinco hijos de reyes a cada costado, vestidos también de blanco y con sombrillas bordadas en oro, y precedido por cien infantes y otros tantos jinetes que llevaban jacerinas talaras, tanto ellos como los caballos. Cada uno traía de la brida, además, otro caballo ensillado y con jacerina, cargado con las armas de un jinete: yelmo de pedrería, cota de malla, aljaba, arco y espada; y en la mano tenía una lanza con un estandarte en el cubo de la moharra: casi todas estas lanzas estaban revestidas con hojas de oro y plata (...) y otros diez caballeros con atabales al cuello, acompañados de otros seis que tocaban albugues, añafles y dulzainas».

«El encuentro entre ambos hermanos tuvo lugar en una llanura, a eso de una milla de Fanika. Kafali Qaras echó pie a tierra, pues era más joven que su hermana y besó el estribo del corcel de Ba-yalun, que a su vez le besó en la cabeza.

Los emires e hijos de reyes se apearon y besaron todos también el estribo de la *jatun...*»

Mayor barroquismo todavía nos depara el relato del encuentro de la princesa con su padre, que abrevio:

«Acampamos a diez millas de Constantinopla y, al día siguiente, salieron de la ciudad sus habitantes (...), las tropas montaron a caballo y salieron también el rey y su esposa, la madre de esta *jatun*, los grandes del Reino y los notables; el rey iba bajo palio (...) Cuando éste se adelantó, los soldados se entremezclaron y el estruendo y la polvareda aumentaron de tal forma que no pude pasar entre la muchedumbre y me pegué al equipaje de la *jatun* y sus compañeros, temiendo por mi vida. Me contaron que, cuando la *jatun* se acercó a sus padres, se apeó y besó el suelo delante de ellos, besando también los cascos de sus caballos».

La ciudad

Entre otras mercedes que dice recibir del emperador destaca el permiso para conocer la ciudad acompañado de algún dignatario y séquito, aclarando este extremo: «Esto lo hacen muchas veces con los turcos que vienen del país del sultán Uzbek, por que no sufran daños».

Comienza refiriéndose al Haliç:

«Constantinopla es grande en extremo y está dividida en dos partes por un gran río, donde hay *pleamar* y *bajamar* como en el río de Salé, ciudad del Magreb».

Por un lado alude a la pequeña ría que separa las ciudades de Rabat y Salé, originada por la desembocadura del Bu Regreg; por otra parte, el dato que señala de *pleamar* y *bajamar* parece ir dirigido a las corrientes creadas por los mares Negro y Mármara. En cuanto a calificar

de río a este brazo de mar no es exacto, pues en realidad se trata del Haliç o Cuerno de Oro: «Esta ría se llama Absumi [lo que podría ser una deformación del griego *potamos*, act. es el Haliç]. Una de las dos partes de la ciudad se llama Istanbul y está en la orilla oriental del río».

Su memoria debía trabucar los recuerdos porque más bien cabe hablar de orilla sur que de oriental, según la descripción ofrecida: «aquí habitan el rey, los grandes del Reino y el resto de la población bizantina». A no ser que esté confundiendo las dos partes de la ciudad separadas por el Cuerno de Oro con la población de Uskudar en la ribera asiática al otro lado del Bósforo.

En cuanto a la denominación Istanbul, cumple indicar que ya es utilizada por el geógrafo Yaquıt (1220) y en varios textos árabes y persas del s. XIV, existiendo sobre su origen diversas teorías en las cuales no entraremos ahora.

Ibn Battuta recoge interesantes detalles sobre la organización interna de la ciudad, sobre los genoveses asentados en Galata y sobre el palacio de los paleólogos que se encontraba ubicado en el ángulo noroeste de la ciudad, y una de cuyas dependencias aún existe y se conoce en turco por *Takfur sary*. Así, por ejemplo, describe la agrupación gremial de vendedores y artesanos: «Sus calles y zocos son anchos y están enlosados; la gente de cada oficio tiene en ellos un sitio aparte, sin mezclarse con los demás. Todos los zocos tienen puertas, que se cierran por la noche (...)»

Y continúa:

«Esta parte de la ciudad está al pie de un monte que se mete unas nueve millas en el mar, y que tiene otro tanto de anchura, o aún más; en lo alto de este monte están una pequeña ciudadela y el al-

cázar del sultán. Las murallas dan la vuelta a la montaña, de modo que la ciudad es inexpugnable, pues nadie puede subir por la parte del mar. Dentro del recinto hay unas trece aldeas muy pobladas y la catedral se encuentra en medio».

«La otra parte de Constantinopla se llama Galata y está en la margen izquierda del río; (...) Aquí habitan en particular cristianos francos [*ifrany*] que son de varios sitios: genoveses, venecianos, romanos y gente de Francia. Están bajo la autoridad del rey de Constantinopla que nombra almocadén a uno que ellos eligen y que llaman *qumis* (*comes*, conde) (...) Son todos comerciantes y su puerto es de los más grandes que hay. He llegado a ver en él hasta cien naves, entre galeas y otros barcos grandes: los pequeños no pueden ni contarse, a causa de su número. Los zocos de esta parte son hermosos, pero están llenos de basura y atravesados por un riachuelo inmundos».

La denominación de *qumis* referida al jefe de los venecianos quizá esté influida por la procedencia occidental de Ibn Battuta, y tal vez lo oyera a cristianos ibéricos o de otras latitudes, puesto que dicho personaje recibía el título de *podestas*.

Sobre el estado de postración y deterioro que la ciudad sufría desde años antes, el viajero ofrece una visión poco risueña en lo referente al paisaje urbano, o cuando nos testimonia en primera persona los graves trastornos económicos que padecía Bizancio, a saber: al despedirse de la princesa, ésta le obsequia entre otros regalos en numerario, telas y caballos, trescientas monedas de oro del país («a estas monedas llaman *al-barbara* y no son de oro bueno»), haciendo alusión con ello a las monedas bizantinas *hyperpyra* que Andrónico II, para hacer frente a los gastos que originaban los

catalanes, se viera obligado a devaluar en 1304. El contenido de oro del *hyperpyron* que cien años antes había sido del 90% fue reducido al 50%.

De todos los monumentos de la ciudad el que más acapara la atención del tangerino es, sin duda, la iglesia de Santa Sofía: «La llaman Aya Sufiya y se dice que la construyó Asaf ibn Barajya, primo hermano de Salomón por parte de madre (...)».

«Es como una sala de audiencia recubierta de mármol; por el centro pasa una acequia que sale fuera de la iglesia, y cuyos bordes, de un codo de altura, están hechos de mármol jaspeado, tallado de manera bellísima».

La famosa iglesia de Hagia Sofia no precisa de mayores aclaraciones. En cuanto a Asaf ibn Barajya era en la leyenda judeo-musulmana visir de Salomón. No se sabe de referencia ninguna a esta historia en otras fuentes. Y respecto a esa «sala de audiencias» que menciona, probablemente aluda al Atrio situado al oeste de la entrada principal donde había una fuente, aunque la acequia no está documentada.

Y no recata su asombro en éste y en otros pasajes ante la cuantía, ya que no ante el fenómeno mismo también existente en el Islam, de los monjes:

«Me contaron que el número de monjas y curas que hay en esta catedral llega a varios millares y que algunos de ellos descienden de los Apóstoles, y también que dentro de ella se encuentra otra iglesia dedicada sólo a las mujeres, en la que hay más de mil vírgenes consagradas al servicio divino y un número aún mayor de mujeres entradas en año».

«El rey, los grandes del reino y la gente en general, tienen la costumbre de venir todos los días por la mañana, a hacer una visita a esta catedral».

Hay que aclarar que Ibn Battuta no pisa más tierras cristianas que Constantinopla y Cerdeña (entonces bajo dominio catalán) en una estancia brevísima, por lo cual no es de extrañar la reacción un tanto hosca o mal informada que a veces trasluce en los temas religiosos. El enfrentamiento a escala mediterránea por el control del mar entre cristianos y musulmanes que en otros puntos de la *rihla* refleja, el avance de los castellanos en Cádiz, el recuerdo de las Cruzadas, aún muy recientes, y los escasos contactos con comunidades minoritarias de cristianos a lo largo de sus viajes no contribuían a clarificar sus dotes de penetración, unido todo ello a malas informaciones del traductor y al más que posible trato despectivo u hostil que recibiera en alguna ocasión. Así llega a simplificaciones como afirmar: «Las iglesias son también sucias y no hay nada bueno en ellas». Y, sin embargo, él mismo y en la misma ciudad se hace lenguas de la magnificencia de los templos cristianos.

El primer choque religioso-cultural se produce en Ibn Battuta al retirarse la escolta turca de la princesa y quedar sólo el séquito de cristianos en Mahtuli:

«Le habían traído vino, que ella bebía, y también carne de cerdo (...) Entre los que iban con ella no quedaba ni uno solo que rezara la zalá, excepto un turco que oraba con nosotros: los sentimientos íntimos variaron al entrar en tierra de infieles. Pero la *jatun* recomendó al emir Kafali que me diera buen trato y éste azotó en cierta ocasión a uno de sus mamelucos que se había reído de nuestros rezos».

La sensación de incomodidad se va acentuando más y más, así al entrar en la ciudad: «estaban tocando las campanas, de modo que los cielos temblaban ante tal mezcla de tañidos. Cuando lle-

gamos a la primera puerta del alcázar del rey, nos topamos con unos cien hombres mandados por el alcaide (...) Les of decir «Sarakinu, sarakinu!» (sarracenos) que entre ellos quiere decir «musulmanes». Nos prohibieron entrar».

No obstante, más tarde entran con una autorización y reciben hospitalidad, alojamiento y vituallas así como un salvoconducto para deambular por la ciudad. La conmoción y la violencia íntimas que le origina lo que ve se entrevera de admiración y respeto:

«Había unas quinientas vírgenes, vestidas de cilicios y con bonetes de fieltro en la cabeza, que llevaban rapada. Eran de una belleza espléndida, pero ya se dejaban ver en sus rostros las huellas de la devoción. Un muchacho sentado en un púlpito, con una voz tan bella que no he oído jamás otra igual, leía el Evangelio».

Y más adelante:

«La mayor parte de la gente de esta ciudad son monjes, religiosos y curas; las iglesias son incontables».

Recoge, en suma, un cúmulo de detalles —visita anual del Papa, visitas cotidianas del rey, nobles, etc., a Santa Sofía— que deben ser producto de la fantasía del dragomán, aunque efectivamente la vida monástica estaba muy en boga entre las clases superiores de Bizancio, y a ello no sería ajeno la gran atención que a los asuntos religiosos dedicara Andrónico II confirmando nueva fuerza y prestigio a la iglesia ortodoxa, remate de lo cual fue su misma profesión monacal antes de morir en 1332 y tras ser forzado a abdicar en su nieto tras un confuso período de guerras civiles.

En algún momento llega a esbozar motivos de polémicas de creencia entre Islam y Cristianismo:

«(En Santa Sofía) No dejan entrar a nadie que no se arrodille ante la gran cruz que tienen allí. Pretenden que es lo que queda del madero donde fue crucificado el hombre que se parecía a Jesús».

Esta duda de Ibn Battuta es consecuente con Corán, III-5, en que se afirma que Jesús no fue crucificado al ser reemplazado por un doble.

El emperador de Bizancio era entonces Andrónico III. Ibn Battuta le llama Takfur, que parece no ser sino el título real derivado del armenio *tagavor*. Por otra parte, quien se hizo monje no fue su padre sino su abuelo, Andrónico II, que además adoptó la vida monacal en 1330 y murió en 1332; Ibn Battuta, por tanto, no pudo conocerle: este personaje al que llama sultán Yiryis es un misterio (v. notas Monteil, II, p. 483).

Dice Ibn Battuta al respecto:

«Se llama Takfur y es hijo del sultán Yiryis (Jorge). Este sultán Yiryis vive aún, pero ha renunciado al mundo y se ha metido a fraile, consagrándose al servicio divino en las iglesias, por lo que ha dejado el reino en manos de su hijo».

A continuación describe su encuentro con el rey, que debió ser —como poco— muy inquietante para el viajero:

«Entramos en una gran sala de audiencias cuyas paredes estaban recubiertas de mosaicos que representaban imágenes de criaturas animadas e inanimadas (...) Uno de ellos, que era judío, me dijo: «No temas; ésta es la costumbre con los forasteros (le llevaban sujeto cuatro hombres). Provengo de Siria y soy el trujamán». Le pregunté cómo debía saludar y me respondió: «Di: la paz sea contigo».

«Llegué luego a una gran cúpula, bajo la cual estaba el emperador, sentado en su trono; su esposa, la madre de la *jatun*, estaba delante de él. En la parte de abajo del trono se hallaban Bayalun Jatun y

sus hermanos (...) Antes de llegar a saludarle, hizo señas de que me sentara un momento para que se apaciguara el susto que llevaba encima (...) Me preguntó por Jerusalén, por la Santa Roca (la roca de Jacob), en la mezquita de Umar o de la Roca), por al-Qumama (la iglesia del Santo Sepulcro), por la cuna de Jesús, por Bayt Laham (Belén) y al-Jalil (Hebrón); luego me preguntó por Damasco, El Cairo, Iraq y Asia menor».

Es curiosa la generalización que hace sobre la profesión monástica de los reyes: «la mayor parte de estos reyes, cuando han llegado a los sesenta o setenta años, construyen un monasterio, se ponen el cilicio, que es un vestido de cerdas, ceden la soberanía a su hijo y se entregan a la devoción hasta su muerte».

Evidentemente se basa en el caso de Andrónico II, ya mencionado y prosigue:

«Este rey abdicó en favor de su hijo y se consagró al servicio divino. Construyó un monasterio fuera de la ciudad, junto a la costa (...) este rey iba a pie, vestido con un cilicio y con un bonete de fieltro en la cabeza; tenía una lengua barba blanca y un bello rostro en el que se reflejaban las huellas de la devoción. Llevaba un cayado en la mano y un rosario al cuello (...) Me llegué a él, me cogió de la mano y dijo al rumí que sa-

bía árabe: «Di a este sarraceno que estrecho la mano que ha entrado en Jerusalén, y el pie que ha penetrado en la Mezquita de la Roca, en la gran iglesia del Santo Sepulcro y en el pueblo de Belén». Dicho y hecho, me puso la mano encima del pie y se la pasó por la cara. Me extrañó la fe que tienen en los que han estado en estos sitios, aunque sean de otra religión (...), me preguntó por Jerusalén y por los cristianos de allá».

En una iglesia «el rey Yiryis dijo al trujamán: Dile que todo el que entra tiene que arrodillarse ante la Gran Cruz; es algo que establecieron los antiguos y no se puede transgredir». Entonces le dejé, entró solo...»

Por los problemas cronológicos que la *rihla* presenta parece imposible que Ibn Battuta visitara la ciudad antes del fallecimiento de Andrónico II el 12/13 de feb. de 1332. Además el nombre monacal del ex-rey era Antonio y no Jorge (Yiryis), por lo cual cabe pensar que, o bien entendió mal o bien el guía le confundió con la personalidad de este fraile «Jorge».

Y ya concluyendo, estimo que las noticias ofrecidas por Ibn Battuta son en su conjunto aceptables y verídicas, aunque en algún aspecto concreto pueda equivocarse o ser equivocado, al tiempo que su relato es un término de cotejo no desdeñable.

